

"Simplemente Cristiano"

¿Sabías que puedes ser miembro de la iglesia que Jesús compró con su propia sangre sin pertenecer a ninguna denominación? Hoy exploraremos cómo puedes ser simplemente un cristiano, simplemente un miembro de la iglesia del Señor. La Biblia es el maravilloso mensaje de Dios de fe, verdad, esperanza y amor. Dios nos dio su Palabra para enseñarnos, animarnos, consolarnos, reprendernos y darnos vida eterna. Juan 20:30-31 dice: "Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre." Cuanto más estudiamos la Biblia, más fuerte se vuelve nuestra fe; y esa fe conduce a la vida en su nombre.

Si te dijera que acabo de comprar un auto, preguntaría: "¿Qué tipo de auto compraste?" Es bastante difícil hablar de autos hoy en día sin hablar de algún tipo de auto. Queremos saber la marca y el modelo. ¿Es un híbrido o una camioneta? ¿De qué color es? Si dijera: "¡Es simplemente un auto!" no tendríamos ningún concepto de eso; pero sabes que el primer auto era simplemente un auto, un automóvil. Era el único automóvil que existía.

Cuando hablas de ser miembro de una iglesia, lo primero que la gente pregunta es: "¿Qué tipo de iglesia es?" Quieren saber si vamos a una iglesia comunitaria o a una denominación. La idea de ser simplemente un cristiano y simplemente un miembro de la iglesia del Señor, la iglesia que Jesús edificó, es ajena al pensamiento de la mayoría de las personas. Pero al leer el Nuevo Testamento, la iglesia es simplemente "la iglesia." No había ningún tipo de iglesia... ¿Sabías que podrías ser miembro de esa iglesia original? ¡Que puedes ser un cristiano, simplemente un cristiano!

Nuestra lectura de hoy proviene de la primera epístola de Pablo a los Corintios, capítulo 1, versículos 10 al 13. "Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer. Porque he sido informado acerca de vosotros, hermanos míos, por los de Cloé, que hay entre vosotros contiendas. Quiero decir, que cada uno de vosotros dice: Yo soy de Pablo; y yo de Apolos; y yo de Cefas; y yo de Cristo. ¿Acaso está dividido Cristo? ¿Fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo?" Este es un problema serio en esta iglesia y Pablo intenta abordarlo. Cuando las personas hablan de la iglesia a la que asisten, generalmente se clasifican como denominacionales o no denominacionales. Hay muchos tipos de iglesias comunitarias y denominaciones. Varias denominaciones surgieron cuando personas religiosas comenzaron a aferrarse a sus propias opiniones sobre la enseñanza de Dios hasta el punto en que se negaron a trabajar con otros. Comenzaron a difundir sus doctrinas o prácticas específicas. Con el tiempo necesitaron un nombre que las representara. Este nombre se convirtió en una especie de marca o sello para ese tipo particular de iglesia. Se convirtió en una denominación.

Adoptar un nombre de marca implica una división. Una denominación es en realidad una "división con nombre." La iglesia dividida en Corinto tenía miembros que se alineaban detrás de individuos y se separaban siguiendo este nombre o aquel. Algunos seguían a Pablo y decían "Yo soy de Pablo," algunos a Apolos y algunos a Pedro. ¡Pablo quedó horrorizado! Dijo en 1 Corintios 1:13: "¿Acaso está dividido Cristo?" ¡Por supuesto que la respuesta es no! "¿Fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo?" La respuesta a estas preguntas es no. ¡No, Cristo no está dividido! ¡No, Pablo no fue crucificado por ustedes! ¡No, no fueron bautizados en el nombre de Pablo!

Muchas denominaciones piden a sus miembros que vayan más allá de la fe en Cristo y que prometan seguir los estatutos denominacionales o declaraciones oficiales. Siguen su propia marca de cristianismo; este compromiso con sus doctrinas y prácticas los define como cierto tipo de cristiano. ¿No es esto exactamente

el tipo de división contra el que Pablo hablaba? Después de que muchas generaciones han pasado con cierto cristianismo de "nombre de marca," las personas se han sentido tan satisfechas y asentadas en sus costumbres que nunca imaginaron que el Señor desapruera tales divisiones.

¿Alguna vez has roto un plato favorito? Cuando ocurrió, probablemente gemiste y hubieras deseado poder volver a unirlo en su estado puro y original. Nuestro mundo religioso está espiritualmente roto. Necesitamos abandonar esta condición quebrantada y volver a la iglesia original, la que se encuentra en el Nuevo Testamento. Buscamos restaurar la iglesia pura e íntegra, tal como Dios la concibió, regresando a la verdad y a los ideales que se encuentran en el Nuevo Testamento.

A principios del siglo XIX, personas que amaban a Dios se cansaron de las peleas y divisiones entre las denominaciones cristianas. Creían que el Señor quería que su pueblo estuviera unido. Se dieron cuenta de que los insultos y el exclusivismo de las denominaciones en realidad avergonzaban el nombre del Señor. Sus constantes conflictos y actitudes divisivas llevaban a las personas a apartarse de Cristo con incredulidad.

El Señor Jesús oró: "Mas no ruego solamente por éstos," hablando de los apóstoles, "sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado" (Juan 17:20-23).

La iglesia primitiva creía que la división y la animosidad provenían de que las personas se aferraban a opiniones humanas, credos, concilios, prácticas humanas y nombres. Creían que la única manera de tener unidad era unirse en lo que el Señor enseñaba.

Muchos cristianos dejaron Europa para encontrar paz religiosa en América, pero encontraron los mismos conflictos aquí. Querían algo mejor — querían un cristianismo puro y verdadero libre de las manchas de las opiniones humanas. Creían: "Si abandonamos lo humano y nos concentramos en lo verdaderamente divino, podremos unirnos." Esta unidad solo podía provenir de seguir la verdad en la Palabra de Dios. Esto significaba que tenían que desechar todo lo humano y denominacional y regresar al cristianismo que se encuentra en el Nuevo Testamento, un cristianismo que no conocía nada del denominacionalismo.

Rechazaron las opiniones humanas y las innovaciones humanas, ya que estas cosas no encuentran su autoridad en la palabra de Dios sino en los hombres. Creían que "nada debe imponerse a los cristianos como artículos de fe ni exigírseles como términos de comunión; sino lo que está expresamente enseñado y ordenado en la palabra de Dios." Decían: "Hablamos donde la Biblia habla, y guardamos silencio donde la Biblia guarda silencio." Querían unidad en lo esencial, libertad en asuntos de opinión y amor en todo. Querían una fe pura y verdadera en Cristo solamente, encontrada en el Nuevo Testamento, como única fuente de su fe y práctica.

Lamentablemente, a veces las personas abandonan la enseñanza pura e inspirada de Dios y persiguen lo que quieren. El Nuevo Testamento predijo que los cristianos se apartarían de la verdad del evangelio hacia el error y la falsa religión. Dios sabía que el corazón de los hombres a menudo seguiría sus propios caminos.

Pablo les dijo a los ancianos de la iglesia en Éfeso: "Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos" (Hechos 20:29-30). Pablo, por inspiración, comprendió que cuando se tuerce la enseñanza, eso hace que las personas se aparten de la verdad y de Dios.

Pablo advirtió a Timoteo: "Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios; por la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la conciencia, prohibirán casarse, y mandarán abstenerse de alimentos

que Dios creó para que con acción de gracias participasen de ellos los creyentes y los que han conocido la verdad" (1 Timoteo 4:1-3). El diablo es un engañador; tiene la intención de llevar a las personas a creer falsas enseñanzas y mentiras sobre ciertas prácticas como si fueran la voluntad de Dios. No le importa a quién daña al engañar a las personas.

Pablo sabía que los cristianos serían débiles como el antiguo Israel y se apartarían de la enseñanza de Dios. Sabía que preferirían creer una mentira reconfortante antes que aferrarse a la verdad del evangelio. Inspirado por Dios, predijo: "porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas" (2 Timoteo 4:3-4). Una vez que una mentira se perpetúa, las generaciones posteriores se convencen de que esa falsedad es verdad; no saben que han sido engañadas. Muchas personas son así hoy.

Muchos hoy quieren la salvación, pero no quieren tomar una cruz para seguir a Jesús. Quieren un Salvador, pero no un Señor. Se sienten cómodos creyendo una mentira y en ocasiones incluso se oponen a la verdad. Están tan asentados en lo que creen que no quieren escuchar que podría estar equivocado. Por ejemplo, la historia de la iglesia primitiva confirma que los cristianos se alejaron de la enseñanza y las prácticas que se encuentran en el Nuevo Testamento. El Nuevo Testamento, por ejemplo, no dice nada sobre el agua bendita, nada sobre la cuaresma, la penitencia, el bautismo de infantes, la intercesión de los santos, la aspersión en lugar del bautismo, el sacrificio de la misa, el celibato de los sacerdotes, el purgatorio, la absolución sacerdotal, un papa, la música instrumental en la adoración cristiana, la salvación solo por la fe, o la doctrina de "una vez salvo, siempre salvo."

Siglo a siglo los creyentes se alejaron más y más de la sencillez del cristianismo del Nuevo Testamento. Ya no siguieron el patrón de Dios para la iglesia en el Nuevo Testamento sino que se convirtieron en algo diferente. Si hemos de agradar a Dios, debemos regresar a lo que Dios estableció en el Nuevo Testamento. Regresar es necesario porque el arrepentimiento es necesario. Nadie puede permanecer en el error y aun así agradar a Dios.

Santiago 5:19-20 dice: "Hermanos, si alguno de entre vosotros se ha extraviado de la verdad, y alguno le hace volver, sepa que el que haga volver al pecador del error de su camino, salvará de muerte un alma, y cubrirá multitud de pecados." Al dejar de seguir doctrinas y prácticas inventadas por el hombre, la iglesia puede restaurar la doctrina, la adoración y la organización de la iglesia del Nuevo Testamento.

Nuestra intención es seguir la enseñanza y los ideales del Nuevo Testamento. El Señor Jesús edificó su iglesia antes de que existiera cualquier denominación. Queremos estar en su iglesia, la iglesia que fue comprada con su sangre. Su iglesia no es denominacional, interdenominacional ni siquiera no denominacional. La iglesia que Jesús edificó era predenominacional, es decir, anterior a cualquier denominación. Jesús nunca aprobaría unir la verdad con el error, porque Jesús quiere que la iglesia permanezca santa y pura.

Las iglesias de Cristo se esfuerzan por "hacer las cosas bíblicas de maneras bíblicas y llamar a las cosas bíblicas por sus nombres bíblicos." Creen que deben "descartar de su fe y práctica todo lo que no esté autorizado por el Nuevo Testamento del Señor y Salvador, y creer y practicar lo que allí se ordena o enseña."

Este deseo de restaurar el cristianismo del Nuevo Testamento nació de la convicción de que la Biblia es la autoridad completa y definitiva. Las Escrituras son suficientes para enseñarnos todo lo que necesitamos saber para la vida eterna y la piedad. Así como una semilla solo produce según su propia especie, la semilla de la Palabra de Dios producirá el mismo cristianismo hoy que en el primer siglo. El Señor Jesús dijo en Lucas 8:11 que la semilla del reino es la palabra. La Biblia nos da toda la voluntad revelada de Dios para la vida y la piedad. Jesús prometió a sus apóstoles que serían guiados a toda la verdad (Juan 16:12-13). Si los hombres

van más allá de esta Palabra y predicán otras cosas, no solo perderán su relación con Dios (2 Juan 9), sino que también producirán algo diferente a la iglesia que Jesús edificó. ¿Quién querría eso?

Algunos creen que el objetivo principal de la restauración es unir a todas las iglesias. Creen que la oración de Jesús por la unidad en Juan 17 significa que todas las iglesias deben aceptarse mutuamente sobre la base de las cosas más fundamentales. En su mente hay muy pocas cosas esenciales. Algunos sienten que mientras una persona crea en Jesús y le ame, está bien con Dios. Parecen ignorar todo lo demás que Jesús dijo y solo abrazar lo que dijo sobre la unidad.

Antes de que Jesús orara por la unidad en Juan 17:20-23, primero oró para que sus seguidores fueran santificados o "apartados" en la verdad (Juan 17:17). No podemos tener unidad sin la verdad. No podemos mezclar la verdad con todo tipo de error y aun así tener unidad. Los cristianos deben comprar la verdad y no venderla (Proverbios 23:23). Jesús dijo: "Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres" (Juan 8:31-32).

Cristo no oró por una unidad que sacrifique o comprometa la verdad. En realidad, es nuestra fe en la verdad revelada lo que nos une. La unidad cristiana no es el ecumenismo, donde los grupos se unen pero mantienen creencias y prácticas contradictorias. Unirse con quienes enseñan o adoran en el error, es sacrificar la verdad por el compromiso. Para ser fieles y leales al Señor, los cristianos no pueden ignorar ni tolerar el error como lo hicieron las antiguas iglesias en Pérgamo o Tiatira. Jesús las llamó al arrepentimiento, y también nos llama a nosotros al arrepentimiento.

¿Por qué hablamos de esto? Porque nuestro amor por Dios y por las almas de los hombres significa hablar en contra del error y hablar a favor de la verdad. Amar al Señor significa amar la verdad que Él enseñó y amar lo que está escrito en el Nuevo Testamento. Permíteme preguntarte: "¿No es suficiente la iglesia de nuestro Señor, comprada por la sangre de Jesús, dada al mundo a través de sus apóstoles y profetas inspirados? ¿Cómo podríamos atrevernos a cambiarla o pensar que podemos mejorarla?" ¡No podemos! Por eso debemos abandonar todo lo que viola la voluntad de Dios y regresar a la enseñanza pura. Debemos permanecer en la Palabra de Dios.

Dios espera que su pueblo deje el pecado cuando aprende la verdad. El arrepentimiento abandona lo que está mal y hace lo que está bien. Cuando la iglesia en Pérgamo en Apocalipsis 2 se desvió aferrándose a las falsas enseñanzas de Balaam y los nicolaítas, Jesús les advirtió severamente: "arrepíentete; pues si no, vendré a ti pronto." En el mismo capítulo, Jesús también advirtió a la iglesia en Tiatira que no "tolerara" a la falsa profetisa Jezabel ni a sus enseñanzas sino que se arrepintiera. Cuando las personas creen o practican algo falso, Dios espera que se arrepientan.

Llamar a las personas de vuelta a la verdad es salvar sus almas. Debemos ponernos bien con Dios. Esto es verdad, ya sea que hagamos nuestro llamado a un individuo, a un grupo de individuos o a una iglesia. Para seguir a Cristo, necesitamos dejar lo que proviene del hombre y seguir lo que proviene de Dios.

Ama al Señor, ponte bien con Dios y participa en la iglesia del Señor. Pon tu fe en Jesús como el Cristo; arrepíentete de todo pecado; confiesa a Jesús como el Cristo, el Hijo de Dios; y por amor sé bautizado en Cristo. Pedro le dijo al pueblo en Pentecostés en Hechos 2:38: "Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo." Tanto el arrepentimiento como el bautismo son necesarios. La Nueva Versión Internacional dice en Hechos 2:38: "Pedro les dijo: 'Arrepíentanse y bautícese cada uno de ustedes en el nombre de Jesucristo para perdón de sus pecados —respondió Pedro—, y recibirán el don del Espíritu Santo.'" Muchos han llegado a creer falsamente que el bautismo no es necesario, pero más de una docena de traducciones recientes muestran que uno debe ser bautizado para recibir el perdón. ¿No serás bautizado hoy?